Capítulo 2

El Colegio de Santo Tomás de Aquino de Guatemala: un proyecto inacabado (1563-1676)

ADRIANA ÁLVAREZ SÁNCHEZ*

Introducción

La conquista había terminado su primera etapa y, como parte de esta, la Corona y los propios conquistadores impulsaron la creación de una sociedad. Para ello establecieron en tierras americanas instituciones políticas, judiciales, religiosas y educativas. Dentro de este último tipo, encontramos las universidades y colegios que formarían a los funcionarios del rey en territorios tan alejados de la península ibérica. La necesidad de extender la fe católica entre los indígenas llevó al soberano a aprobar la fundación de conventos y misiones religiosas. Parte de los religiosos llegados a América en esta primera fase de la evangelización, sirvieron de predicadores, pero también en la formación de otros religiosos, para más tarde integrar en su alumnado a la población española. En este contexto general surgieron iniciativas para instaurar estudios: los conventos hicieron su parte, la Corona impulsó

* Investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

la creación de universidades reales y el ímpetu particular de algunos buenos cristianos dotó colegios para la educación de la juventud.

En el caso del Colegio de Santo Tomás de Aquino, su fundador fue el primer obispo de Guatemala, Francisco Marroquín. El prelado, interesado en la educación de predicadores que avanzaran en la expansión de la fe, había conseguido rentas reales para la creación de una cátedra de gramática en la catedral. Por ello no resulta extraño que entre las cláusulas de su testamento dejara un caudal para crear un colegio en Guatemala, nombrando como patronos al prior del convento dominico y al deán de la catedral. Sin embargo, los fundadores de los colegios no siempre vieron concretados sus deseos. La falta de aprobación real, las rivalidades entre personajes o corporaciones y la fragmentación del caudal para las obras pías, impidieron que las instituciones educativas fueran llevadas a cabo tal y como los fundadores lo habían estipulado. Acerca de estos conflictos, Enrique González señala que en las ciudades siempre coexistieron instituciones educativas jesuitas y dominicas: “cada cual buscaba eliminar a la otra mediante largos pleitos judiciales, llevados a Madrid en gruesos expedientes llenos de varias noticias” (González, 2010, p. 81). Este fue también el caso de Guatemala, como veremos en las siguientes páginas. Para mostrar la manera en que esos conflictos afectaron la creación del Colegio de Santo Tomás, es importante realizar primero un breve bosquejo de la gestión del prelado Marroquín, ya que se trata del primer obispo del reino, personaje al que se le atribuye el “inicio de la cultura letrada en Guatemala”. Posteriormente daremos a conocer las cláusulas testamentarias relativas al colegio, para más adelante dedicarnos al análisis de su desarrollo institucional.

El obispado de Marroquín

El papel del primer obispo de Guatemala ha sido reconocido por la historiografía como esencial para el establecimiento de las instituciones coloniales. Las acciones que Marroquín llevó a cabo durante su administración no pasaron —ni han pasado— desapercibidas a lo largo de la historia. Tenía claro su papel como ministro de la Corona: debía hacer patente que las tierras americanas serían cristianas y reales.

Los territorios centroamericanos pertenecían al Virreinato de la Nueva España. Ya antes de convertirse en Capitanía General, o de que fuera instaurada la Real Audiencia —primero de Los Confines y luego de Guatemala—, su capital había sufrido dos cambios de ubicación, para acabar estableciéndose en su actual emplazamiento de La Antigua Guatemala. El obispado, por su parte, fue creado a principios de la década de 1530, aunque su confirmación no se dio sino hasta siete años después. Su primer obispo, como ya se ha mencionado, fue Marroquín, un clérigo nacido en Castilla, quien llegó a obtener el grado de licenciado en teología por la Universidad de Osma (Hernández, 2005).¹ Fue ordenado y adscrito a la diócesis homónima que regía el dominico Francisco García de Loayza hacia 1524 (Sáenz, 1963), año de creación del Consejo de Indias, cuya presidencia ocuparía justamente este obispo.

Por aquella época, fray Juan de Zumárraga fue designado obispo de México, con él partiría como provisor el joven Francisco Marroquín. En 1529, ante el conflicto surgido entre Zumárraga y los oidores de la Audiencia mexicana, y la llegada de Pedro de Alvarado como gobernador de Guatemala, Marroquín decidió trasladarse a la capital centroamericana. El conquistador le ofreció un cargo, y en los primeros momentos el clérigo fue reconocido como predicador, aunque sin salario. Marroquín se abocó a la tarea de erigir parroquias en las nuevas tierras por evangelizar, labor que se legitimó con su nombramiento en 1532 como obispo de la nueva diócesis guatemalteca. No obstante, la expedición de las bulas necesarias para erigir la diócesis se postergaría hasta 1537. Cabe señalar que el entonces cardenal García de Loayza continuaba como presidente del Consejo de Indias, lo cual pudo influir decisivamente en el nombramiento de Marroquín. Como protector de indios, cargo que se otorgaba a los prelados, Marroquín sancionó sobre el comercio de esclavos y combatió esta condición para los indígenas. Al parecer, el obispo había realizado personalmente al menos dos visitas

1 La AFEHC es la Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica. Se trata de un proyecto en el que participamos académicos de todo el mundo y que investigan la historia de esta región. Entre sus principales contribuciones se encuentran el Boletín que publica en la web y el Diccionario Biográfico.

a toda su jurisdicción. Pero, en el momento en que el obispo tasó los pueblos de indios, fray Bartolomé de las Casas, en su defensa de los naturales, denunció cierto descuido por parte de Marroquín en su tasación. En 1535, el propio Marroquín refiere esta acusación en una carta que dirigió a la Audiencia de México,² en la cual ofrece disculpas, aceptando su descuido y atribuyéndolo a la falta de colaboradores en el obispado. En aquella misiva, el obispo ya sugería que se fundaran una casa de recogimiento para mestizas y un colegio para la juventud. En este sentido, resulta esencial comprender que la fundación de Santo Tomás fue parte de un programa completo que el obispo tenía para su diócesis.

Mientras tanto, el obispo seguía sin ser consagrado, pero arribaban a Guatemala clérigos con nombramientos para un cabildo aún inexistente y una catedral en construcción. No sería sino hasta 1537 cuando Marroquín habría de viajar a México para ser consagrado, dejando a Las Casas al mando de la diócesis. La idea del licenciado Marroquín era trasladarse a Castilla para conseguir predicadores, aunque se le sugirió no alejarse por más tiempo ni a mayor distancia de su diócesis. Por ello, escribió una carta al soberano en la que le proponía la reducción de las poblaciones de indios, dispersas y de difícil acceso, a poblados concentrados. El 20 de octubre de 1537 se expidió el documento que erigía la diócesis de Guatemala, constando en él su organización. En noviembre de aquel año se llevó a cabo la primera junta apostólica en México, a la que asistieron los obispos de Michoacán, Oaxaca y Guatemala. En ella Marroquín fue consagrado y se discutió sobre la evangelización. Ya desde entonces los ministros de la Iglesia planteaban el control de las órdenes religiosas y de las doctrinas por parte del clero secular, mandato impuesto por la política real que buscaba la centralización del poder.³

2 La carta se encuentra en el Archivo General de Indias —AGI—, Audiencia de Guatemala, 9 (Sáenz, 1963, p. 97).

3 Acerca del proceso de secularización véase de Leticia Pérez Puente (2010): *El concierto imposible. Los concilios provinciales en la disputa por las parroquias indígenas (México, 1555-1647)*.

El 18 de marzo de 1538 el obispo ya consagrado volvió a Guatemala, acompañado de dos frailes mercedarios. En 1541 volvería a viajar a México, teniendo lugar durante su ausencia la histórica inundación que acabó con la vida de muchos pobladores de la capital guatemalteca, entre ellos algunos de los más importantes, como la viuda de Pedro de Alvarado. A su regreso, Marroquín se hizo cargo del gobierno de la ciudad. En 1542, con la promulgación y entrada en vigor de las Leyes Nuevas, se erigió la Audiencia de los Confines, aunque oficialmente no funcionaría hasta dos años después. Hacia 1547, la Corona había concretado la idea planteada por Marroquín años antes sobre la reducción de los indios y en 1548, el prelado volvió a escribir al emperador para solicitarle que de las universidades de Salamanca y Alcalá se enviasen: un gramático, un artista, un teólogo y un canonista para que “[...] se asiente un estudio a manera de universidad en la ciudad de Santiago de Guatemala [...]” (Carta del 1 de agosto de 1548 citado en Sáenz, 1963, p. 121).⁴ Esta ha sido una de las razones esgrimidas por los creadores de la historiografía, para afirmar que la fundación del Colegio de Santo Tomás es el antecedente directo de la universidad real. Otras razones podrían enumerarse para explicar esa interpretación tan difundida en Guatemala, pero quizá destaca la necesidad de las distintas órdenes religiosas de vincularse con el inicio de la cultura letrada en Centroamérica.

La ciudad de Guatemala fue trasladada. Ya en su nueva localización, en el valle del Panchoy, Marroquín emprendió su campaña de evangelización de forma más sistemática, siendo reconocido por establecer las bases de acción para alcanzar dicho objetivo. A él se atribuye el primer catecismo en lengua cakchiquel, y Antonio Remesal afirma que Marroquín elaboró el primer esquema gramático de la misma lengua, publicado en México en 1556.⁵ A lo largo de su administración, hizo posible, incluso a su costa, la presencia de frailes

4 Carta del primero de agosto de 1548, en AGI. Audiencia de Guatemala, 156 (Sáenz, 1963, p. 121).

5 Carmelo Sáenz de Santa María registra una edición facsimilar de la edición de 1772 en la que se afirman los datos arriba mencionados (Sáenz, 1963, p. 124).

mercedarios, franciscanos y dominicos. Sin embargo, asumió que los religiosos debían estar concentrados en monasterios, bajo la vigilancia del clero secular. Marroquín fue un obispo activo que contribuyó al establecimiento de las instituciones básicas de la Monarquía en Guatemala. Este es el personaje al que la historiografía de la primera mitad del siglo xx, daría el crédito de haber impulsado la creación de una universidad.

El testamento: la heredad para el Colegio de Santo Tomás

Una de las primeras acciones del obispo en el ámbito de la educación fue la creación de una cátedra, para la que logró convencer al rey de conceder las rentas necesarias. Desconocemos el desarrollo de las lecciones, pero se ha señalado este hecho como el inicio de la historia de la educación guatemalteca. El obispo, en los últimos años de su vida, otorgó escritura pública para dar validez jurídica a una de sus obras pías más recordadas en la capital. En 1562 rubricó una escritura y concierto con el prior de Santo Domingo para que este fungiera como patrono de un colegio. No obstante, debido a que los testamentos episcopales debían cumplir con ciertos requisitos jurídicos, Marroquín tuvo que signar un nuevo documento ante un escribano real: firmó un segundo concierto en 1563 con el prior dominico y con el deán de la catedral para que estos se encargasen de ejecutar parte de su herencia, cuyo objetivo era la creación del Colegio de Santo Tomás de Aquino.

Las cláusulas dedicadas al punto que nos ocupa fueron tres: en la primera refiere que dejaría una parte de sus bienes

para hacer un Colegio [...] para leer artes y teología, y otras ciencias y de esto dejo por Patrón a el Prior o Prioros de el Señor Santo Domingo de esta Ciudad y al Deán que fuere de esta Santa Iglesia [...].⁶

En la segunda y tercera cláusula hizo mención de los bienes que habría de dejar para la obra. Se trataba de las rentas de dos milpas que había comprado a Catalina Hurtado y a un licenciado de apellido Cabellón, que se habrían de incorporar posteriormente al caudal para el colegio. Sin embargo, el propio obispo explica que, en derecho, debía hacer donación de las milpas, y no mediante herencia. Solo el caudal por la renta del terrazgo del pueblo de Jocotenango ascendía a 883 tostones anuales,⁷ dinero que destinó para la construcción del edificio a establecerse en un solar que los dominicos habían donado a tal efecto. Los salarios para las cátedras se obtendrían de las mencionadas propiedades.

6 La escritura de concierto se encuentra resguardada en el archivo del convento de Santo Domingo de Guatemala, en la sección *Documentos de la Universidad*. Para el presente trabajo se ha utilizado la edición realizada por Juan Rodríguez Cabal, *Universidad de Guatemala: su origen, fundación, organización* (1976, pp. 19-20). La primera edición de esta obra es de 1954, aunque el autor había publicado partes de la misma, dos años antes, en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*. El testamento del obispo se encuentra en el Archivo General de Centro América (Marroquín, s.f. ff. 3-98 y 353-466), documento que está encuadernado en piel y cuya foliación es discontinua. Ha sido publicado en *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia* (1952, pp. 334-354).

7 Un tostón equivalía a medio real, y un peso equivalía a ocho reales, por lo que los 883 tostones eran equivalentes a 55 pesos y un real. Aunque en el documento citado no se mencionan todas las cantidades que conformaban la heredad, sabemos que en total el obispo Marroquín dejó 1,198 pesos y dos reales para dicha obra, mismos que se aplicaron en 1676 a la fundación de la Real Universidad de San Carlos. Esta es otra de las razones por las que la historiografía ha atribuido a Marroquín la idea de fundar una universidad en el reino. Al respecto véase Adriana Álvarez Sánchez, *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala: fundación y primera organización, 1676-1687* (2007, p. 63). El tema también lo trata la misma autora en *De nobles, y de nobleza. Los proyectos y la fundación de la Real Universidad de San Carlos de Guatemala. (1619-1687)* (2012).

Resulta complicado reconstruir la idea detallada que el prelado tenía acerca del colegio que estaba fundando, pero sabemos que estaba dirigido a hijos de españoles pobres y que se enseñarían en él artes y teología. Aunque Marroquín señaló “y otras ciencias”, no especificó cuáles serían. ¿A cuáles se refería?, ¿acaso al derecho canónico? Lo que sí sabemos es que el obispo estableció una docena de becas y designó 100 pesos de salario a los lectores de cada una de las dos cátedras. El interés del prelado por impulsar los estudios en Guatemala es evidente, empero no contamos con mayor información sobre la manera en que este concebía su proyecto de colegio. Debemos considerar que, desde el inicio, Marroquín llamó la atención sobre la falta de predicadores, tema en el que insistió constantemente al rey, a quien pidió el envío de personal formado en España —en las universidades de Alcalá y Salamanca— para que sirvieran en el enrevesado proceso de evangelización. Podemos pues afirmar, que el colegio tendría como principal función la de formar al clero guatemalteco, sobre todo si recordamos que la teología y la filosofía fueron las ciencias que el prelado ordenó enseñar.

La inauguración del Colegio de Santo Tomás

La donación para el colegio se había realizado en 1563. Aunque su ejecución tuvo que esperar varias décadas, ya que no se contaba con los fondos necesarios para erigirlo. Al parecer, la mayor parte del dinero se había utilizado para la construcción de aulas que, a juzgar por el testimonio del cronista Francisco Vázquez, estaban frente al atrio del convento dominico. A pesar de ello, en 1574 se trató el tema de las cátedras, generando encono entre la Orden dominicana y la franciscana. En ese año, los patronos del colegio consultaron a la Audiencia sobre las cátedras que debían enseñarse, porque desde su perspectiva el obispo no había señalado “de qué facultades habían de ser” las mismas. El real acuerdo respondió que las cátedras a leer serían dos, una de artes y otra de teología, pero también ordenó que, debido a la falta de lectores, fueran los catedráticos del propio convento de Santo Domingo quienes las leyeran sin salario.

Por consiguiente, el conflicto no se dio por la falta de un salario: “por defender el fuero hubo demandas y respuestas, autos y proceso, sin que llegase a efecto el que se leyese curso de artes y de teología en el colegio” (Vázquez, 1944, p. 374). La Orden de San Francisco aprovechó la pugna interna de la Orden de Predicadores y ofreció leer las cátedras en el Colegio de Santo Tomás. En efecto, los dominicos se opusieron, llevando a un pleito que se prolongaría por dos años. La iniciativa de dar comienzo a las actividades del colegio quedó cancelada durante el resto del siglo. Mientras tanto, la Compañía de Jesús estaba creando una escuela de primeras letras en la ciudad que, pocos años después, pudo elevar al rango de colegio. Es probable que esta haya sido una de las razones por las que los patronos del colegio aquí estudiado reavivaran la obra de Marroquín.

Iniciada la siguiente centuria, la obra del prelado continuaba pendiente. Incluso se dio una disputa entre los patronos en 1615, cuando el deán de la catedral decidió revocar el poder que el entonces administrador, Pedro de Lira, tenía para cobrar puntualmente las rentas. El prior del convento dominico —el otro patrono— interpuso una queja ante la Audiencia, cuyos ministros “privaron a su compañero el cargo de administrador y se avocó solo el prior de Santo Domingo” (Vázquez, 1944, p. 320). A pesar de las dificultades económicas y políticas, y de la falta de licencia real, los patronos del Santo Tomás decidieron inaugurar el colegio en 1620. Solicitaron dar por presentada la institución y conformaron autos para ello, incorporando al documento un interrogatorio con testimonios que contenían la respuesta a seis preguntas validando las acciones que estaban por emprender (*Probanza sobre la fundación del colegio*, 1621). Según los autos de la fundación del colegio, este apenas contaba con tres aulas, o generales, como se les llamaba en aquella época, y en una de ellas se puso un altar para que cualquier sacerdote —secular o regular— celebrara misas (Archivo General de Centro América, A1. Leg. 1968. Exp. 12355). La propiedad se había cercado, y se habían mandado a hacer cátedras y bancos. Un testimonio de 1622 afirma que el edificio del colegio estaba anexo, pero tenía entrada independiente

del convento de Santo Domingo, y que contaba con 97 varas de largo y 61 de ancho, alrededor de 80 por 50 metros.⁸

Es un hecho que para 1620, el año en que el colegio fue inaugurado, no se contaba con la residencia para los estudiantes. Los patronos decidieron entonces que no era necesaria la construcción de la casa. Esta modificación a la obra de Marroquín iría acompañada por otra sobre las cátedras y los catedráticos. Se acordó que no era necesario contar con lecciones de gramática y retórica, ya que estas se enseñaban en el Seminario Tridentino desde hacía dos décadas, y en el colegio jesuita desde hacía doce años. Así, confirmaron enseñar artes y teología, añadiendo cánones. En los autos de la fundación, se registró que hacía más de medio siglo que en el convento de Santo Domingo se enseñaban artes, teología, escolástica y moral, lo cual nos habla de la existencia de un colegio propio de la Orden. El 9 de diciembre de ese mismo año, el presidente de la Audiencia, gobernador y capitán general, Antonio Peraza de Ayala y Rojas, conde de La Gomera, aprobó la apertura. Los patronos solicitaron a la máxima autoridad que les aprobara la lectura de las cátedras del colegio, que se encontraba “en el patio e conpaz del convento de Santo Domingo de esta çiudad” (AGCA, A1. Leg. 1968. Exp. 12355).

En el documento, el conde de La Gomera condicionaba la aprobación de la institución a la obtención de la licencia del soberano. Sin embargo, el mismo papel refiere que la licencia era para “Vniversidad (sic) de estudios generales, conforme a la voluntad del dicho obispo”. Esta afirmación podría ser parte del inicio del mito fundacional de la Real Universidad de San Carlos. Cuando un colegio, es decir, una residencia, contaba con cátedras y con el privilegio para graduar, a este se le denominaba universidad, pero no se trataba de universidades reales —Estudios Generales—. Estos últimos eran fundaciones cuyo patrono era el rey, y en los que se enseñaban todas las facultades —artes, teología, cánones, leyes y medicina—, y otorgaban todos los grados universitarios: bachiller, licenciado, maestro y doctor. De

8 Una vara castellana era equivalente a 83.5 cm. actuales, por lo que las medidas perimetrales exactas del edificio eran de 80.99 m. por 50.93 m.

ahí que el presidente de la Audiencia se refiera a “universidad de estudios generales”, con el objetivo de elevar el colegio a universidad real. Además, ordenó incluir una copia de la cédula de la fundación mexicana: “que se ponga en estos autos un tanto autorizado de la cédula real que se dio principio a la [Real] Universidad de México” (AGCA, A1. Leg. 1968. Exp. 12355).

No obstante, el colegio que se estaba rigiendo ni siquiera contaba con un breve pontificio que les permitiera otorgar grados. Al incluir modificaciones en la organización, los patronos hicieron de las cátedras un monopolio, acordando que la correspondiente a la teológica la leyera un fraile dominico, y la otra, un clérigo del cabildo. La cátedra de artes estaba reservada también para un dominico, mientras que para la de cánones se debía hacer elección del lector “idóneo”. Esta decisión quedaría en manos de la dignidad más antigua del cabildo, el provincial dominico o su vicario, y el padre guardián del convento de San Francisco (*Probanza sobre la fundación del colegio*, 1621). Se nombró entonces a los primeros catedráticos, entre los que se encontraban autoridades, tanto de la Orden de Predicadores, como del clero secular y de la Audiencia. El siguiente cuadro muestra la lista de esos catedráticos “fundadores”.

Tabla 1. Cátedras y catedráticos (1620)

Nombre	Cátedra	Calidad / Tiempo
Felipe Ruiz del Corral	Prima de teología	perpetuo
Alonso Guirao	Vísperas de teología	perpetuo
Ambrosio Díaz del Castillo	Artes	4 años
Juan Luis de Pereira Dóbidos	Cánones	6 años

Fuente: AGCA, A1. Leg. 1968. Exp. 13354.

Entre los primeros lectores del colegio encontramos al deán Ruiz del Corral y al fraile provincial dominico, Guirao, otorgándole la cátedra de manera vitalicia a la Orden dominica; asimismo aparecen el rector del Seminario Tridentino, Díaz del Castillo y el asesor

general del presidente de la Audiencia, que también era fiscal y abogado de la misma, el doctor Pereira. Como se puede observar, fueron las más altas autoridades quienes se ocuparían de la enseñanza en el colegio. El acto de la inauguración se realizó el 20 de octubre de 1620, en presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas más importantes, entre ellos los patronos del Colegio de Santo Tomás, el provincial mercedario, el maestro fray Francisco González, el vicario provincial agustino, fray Gabriel de Rivera, que iba acompañado por miembros de su Orden, el rector de la Compañía de Jesús, que también acudió con varios jesuitas y “muchos vecinos principales”. Por supuesto, asistió el cabildo en sede vacante. El deán Ruiz del Corral fue el encargado de leer un punto *De Trinitate*,⁹ con lo cual quedó inaugurado el colegio.

En relación con los primeros colegiales, el testimonio de la aprobación del presidente de la Audiencia contiene la matrícula de cada una de las cátedras (*Probanza sobre la fundación del colegio*, 1621).¹⁰ Se registraron diez cursantes en prima de teología, de los cuales cuatro eran subdiáconos, dos eran presbíteros y del resto no se menciona su calidad.

En la cátedra de vísperas de la misma facultad encontramos a otra decena de estudiantes, de los que solo dos eran clérigos y el resto eran frailes dominicos. En cánones se matricularon doce alumnos, cinco de ellos presbíteros, dos bachilleres —aunque desconocemos dónde obtuvieron su grado— y del resto no se mencionan mayores detalles. Finalmente, en la cátedra de artes la matrícula fue muy superior a las de las otras cátedras. Se registró a 39 cursantes, un tercio pertenecía a la Orden de Predicadores, cinco eran subdiáconos y del resto no se señaló ninguna característica más. En total, la primera matrícula de Santo Tomás contó con 61 estudiantes, la mayoría de ellos miembros del clero.

9 El documento no explica a qué obra se refiere, pero es posible que se tratara de un comentario a la obra *De Trinitate*, cuyo autor fue San Hilario de Poitiers, doctor y padre de la Iglesia (ca. 315ca.368). La obra fue escrita entre el 356 y el 360.

10 El testimonio de la matrícula es de octubre de 1620.

José Mata Gavidia señala que los patronos establecieron los salarios y las horas de lectura para cada una de las cátedras: de siete a ocho de la mañana se leería prima de teología, que tenía un salario anual de 500 tostones; de tres a cuatro de la tarde lo haría vísperas de teología, con un salario de 400 tostones; de ocho a nueve de la mañana era el turno de artes, a cuyo catedrático se pagarían 300 tostones; por último, estaba la de cánones, que se leería de siete a ocho de la mañana, con un salario de 400 tostones (Mata, 1976, pp. 66-67).¹¹ Como puede observarse, no todas las facultades y cátedras gozaban de la misma importancia y tampoco tenían la misma cantidad asignada como salario. Eso dependía de la importancia y el prestigio de cada una de ellas. La cátedra más importante, al igual que sucedía en las universidades, era la de prima, y de entre las de prima, la de mayor importancia era la de teología, que contaba con el monto más alto para el salario de su catedrático. Después se encontraban vísperas de teología y cánones: aunque la primera se leía por la tarde, tenía el mismo salario que la segunda. Y la cátedra de artes, que se leía después de las de prima de teología y cánones, contaba con el salario más bajo del conjunto de las cátedras.

Estaba claro que la formación del clero era el principal objetivo de los patronos del colegio. De ahí la prioridad concedida a la teología, sin dejar fuera a la filosofía —artes—, parte esencial en la formación de un teólogo: había que estudiar artes para poder ingresar a la facultad mayor de teología. Los cánones eran también importantes en la formación de un clero profesional y, de hecho, esta facultad solía ser la más demandada por quienes realizaban estudios y obtenían grados.¹² Del mismo modo, llama la atención la diferencia en cuanto al monto

11 El equivalente en pesos de las cantidades en tostones de cada una de las cátedras es el siguiente: prima de teología, 31 pesos con dos reales; vísperas de teología, 25 pesos; artes, 18 pesos con 7 reales y cánones, 25 pesos.

12 Sobre la demanda de estudios y grados en la facultad de cánones, pueden consultarse distintos trabajos relativos a la universidad mexicana: Armando Pavón Romero (coord.), *Universitarios en la Nueva España, México* (2003); Rodolfo Aguirre Salvador, *El mérito y la estrategia. Clérigos, juristas y médicos en Nueva España* (2003) y Mariano Peset, *Obra dispersa. La Universidad de México* (2011).

de los salarios de los catedráticos respecto de los que se asignaron en otras universidades en la misma época. Por ejemplo, en la de México, la cátedra de prima de teología consideraba 700 pesos anuales para el catedrático, mientras que en el Colegio de Santo Tomás el equivalente en pesos de los 500 tostones era de apenas 31 pesos y 2 reales. De hecho, en el estudio general mexicano el salario más bajo era de 100 pesos para el catedrático de matemáticas (Pérez, 2000, p. 100).¹³ Esta distinción permite conocer que el colegio realmente contaba con un caudal muy inferior al que tenían las universidades reales, aunque quizá el salario casi “simbólico” de los catedráticos obedecía a que estos eran frailes y, por tanto, no requerían obtener mayores ingresos por su labor docente.

La concesión de grados y el conflicto con la Compañía de Jesús

En cuanto al pleito, existen diversos documentos tanto en el Archivo General de Centro América —AGCA— como en el AGI. La historiografía ha tratado el asunto utilizando esas fuentes documentales para estudiar los antecedentes de la Real Universidad de San Carlos, pero aún se requiere una obra específica acerca de los colegios, al menos por lo que se refiere al de Santo Tomás y su relación con los estudios conventuales de Santo Domingo. En ese orden de ideas, es necesario estudiar en obras independientes, el colegio jesuita y los estudios que ofrecían otros conventos de la ciudad.¹⁴ En este apartado solo expondremos algunos

13 La autora utiliza como fuente documental tanto los estatutos de la universidad como los concursos de oposición que se encuentran en el Ramo Universidad del Archivo General de la Nación.

14 En el AGCA se encuentran varios legajos y expedientes relativos al conflicto por la concesión de los grados. Algunos de ellos pertenecen propiamente al fondo documental del Colegio de Santo Tomás. No obstante, se encuentran intercalados con documentos que corresponden al acervo de la Real Universidad de San Carlos. Los expedientes del colegio están en los Legs. 1967-1974, dentro de los cuales se encuentra información sobre el colegio

elementos generales y la solución que dio la Corona al conflicto en esta primera etapa de vida colegial en Santo Tomás.

Después del acto de inauguración, los patronos decidieron solicitar al soberano la aprobación del colegio. Habían pasado ya dos años, y solo contaban con dos más para obtener la licencia del rey. En septiembre de 1622, los patronos aprovecharon para pedir también la obtención del derecho para otorgar grados (AGCA, A1. Leg. 1968. Exp. 13356). Se registra en ese año una nueva cátedra, la de Sagrada Escritura, cuyo lector era el fraile García de Loayza, y para entonces el catedrático de derecho canónico había sido sustituido por el maestro agustino fray Gabriel de Rivera, lo que nos indica que el doctor Luis de Pereira había dejado la cátedra antes del tiempo por el que se le había otorgado, seis años. Hasta este momento, ni la Compañía ni la Orden de Predicadores había interpuesto queja alguna por la existencia de ambas instituciones educativas en la ciudad. El conflicto inició cuando los jesuitas hicieron público un breve pontificio de

jesuita. Ahora bien, parte de los autos relativos al Colegio de Santo Tomás y al colegio del convento de Santo Domingo se encuentran en el conjunto de papeles correspondientes a San Carlos, en particular en el Leg. 1885. En el AGI se han encontrado, asimismo, otros documentos sobre el asunto en el fondo Audiencia de Guatemala (154 y 373). Todos estos legajos y expedientes han empezado a ser estudiados sistemáticamente, pero es aún necesario realizar un trabajo específico sobre el colegio. Entre los autores que se han referido al Colegio de Santo Tomás se encuentran José Mata Gavidia (1976), el dominico Juan Rodríguez Cabal, véase *La Universidad de Guatemala. Su origen, fundación, organización* (1976), la primera versión de esta obra fue publicada en 1954 y John Tate Lanning, *La Universidad en el Reino de Guatemala* (1977), la primera edición en inglés data de 1955. Desde hace diez años me he dedicado a estudiar la historia de la universidad, productos de cuya investigación son: *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala: fundación y primera organización. 1676-1687* (2007a) y *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala. 1676-1790* (2008), que incorpora y amplía el contenido de la primera tesis a un conjunto de mucha mayor envergadura, publicada por la universidad en CD en 2008. Además de una obra que se encuentra en proceso de dictamen, he publicado varios capítulos de libro y artículos en revistas sobre el funcionamiento de la universidad, sus catedráticos, sus graduados y sobre las discusiones acerca del método de estudios que se dieron en el siglo XVIII, así como las reacciones de la universidad ante el proceso de Independencia.

Gregorio xv, que les daba el privilegio de otorgar grados universitarios, documento que anunciaron justo cuando los dominicos habían hecho la solicitud al rey para obtener el mismo derecho.

Fue entonces cuando estalló la pugna entre las órdenes, llegando al Consejo de Indias. Peticiones, pruebas y acusaciones eran enviadas desde ambos frentes a España. Los jesuitas defendían la antigüedad del breve pontificio, que les permitía conceder grados a los cursantes de sus colegios. Por su parte, los tomasinos alegaban que los jesuitas no podían ejercer el breve en Guatemala, ya que su colegio no estaba plenamente fundado y no contaba con rentas suficientes, señalando además el carácter territorial del breve, que no incluía a toda la Nueva España, sino solo a Filipinas, además del Virreinato del Perú. Los dominicos y el deán aducían que la Compañía tenía una sola cátedra de artes y que hacían: “entender a los estudiantes que allí oyendo Artes se ganan cursos para obtener grado lo cual ha sido en muy grande detrimento del dicho Colegio de Santo Tomás, que como escuela pública y común debe ser amparada y favorecida” (AGCA, A1A Leg. 1885. Exp. 12241). También se cuestionaba el hecho de que las cátedras de los jesuitas solo podían ser leídas por los miembros de la Orden. Este argumento sorprende, ya que los propios patronos del Santo Tomás habían otorgado la perpetuidad de vísperas de teología a la Orden de Predicadores y la de prima al deán de la catedral. Por otro lado, los patronos del colegio denominaban “escuela pública” a su colegio, lo cual evidencia que la intención de estos era obtener el reconocimiento del colegio como universidad. Si bien el término escuela refiere propiamente al edificio con sus generales, al incorporarse el adjetivo “pública” se estaba haciendo alusión a la universidad real, a semejanza de las de México y Lima.

El prior dominico fray Jacinto Quartero, solicitó estudiar una serie de testimonios que, por supuesto, favorecían al colegio tomasino. El obispo, entonces, decidió enviar el expediente al Consejo de Indias, donde los patronos pedían expresamente al soberano que el Santo Tomás fuera elevado al rango de universidad. No obstante, el procurador dominico fray Juan de Santa María, conseguiría en 1624 un triunfo sobre los jesuitas, aunque si bien no para el Santo Tomás, sí para el colegio del convento de su orden. El éxito lo constituyó una

real cédula del primero de octubre, en la cual el monarca concedía a la Orden que se pudieran graduar de bachilleres, licenciados, maestros y doctores a quienes estudiaban en el convento, por un período de diez años. Los patronos del tomasino y la Orden misma decidieron extender este triunfo al colegio fundado por Marroquín: esta simbiosis entre ambos colegios puede identificarse al menos desde 1623, año en que la matrícula se registró de manera conjunta. De esta forma, una vez conseguido el privilegio de otorgar grados, el colegio bicéfalo se autonombró universidad.

En cuanto los jesuitas tuvieron noticia de la cédula real obtenida por los dominicos, emprendieron un nuevo pleito, argumentando el perjuicio que se le causaba a su propio colegio. Mientras tanto, los defensores del Santo Tomás decidieron volver a rogar al rey para que se les concedieran privilegios de universidad. El documento proporcionado al convento dominico fue aprovechado por los estudiantes al graduarse. Así lo demuestran los documentos encontrados en el acervo universitario de Guatemala y en un legajo que se encuentra en el AGI (AGCA, A1. Leg. 1885. Exp. 12240).¹⁵ Se trata de un expediente que se conserva en los primeros legajos correspondientes a los papeles de San Carlos, que contiene la matrícula del “convento” de Santo Domingo, donde se estudiaba teología y artes (AGCA, A1. Leg. 1885. Exp. 12240).¹⁶ El secretario, en el documento en que se registró dicha matrícula, afirmó que: “[...] en ejecución y cumplimiento del breve apostólico [...] para erigir en universidad dicho convento”, muestra de que los dominicos asignaron el rango de universidad a su colegio, debido a que en este se podían otorgar grados (AGCA, A1. Leg. 1885. Exp. 12240).

15 El expediente contiene varios documentos. El fondo documental de la Real Universidad de San Carlos ha sido estudiado por Adriana Álvarez Sánchez, véase *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala. Siglos XVII y XVIII. Estado de la cuestión: historiografía y documentos* (2009).

16 Cabe destacar que el documento especifica que en él se registraron los grados concedidos por el convento, que no por el Colegio de Santo Tomás, pero lo que encontramos es la matrícula.

En el AGI hemos encontrado una lista de graduados hecha por el prior del convento (Audiencia de Guatemala, s.f.) que también consigna 1626 como el año del testimonio. Con base en dichos documentos hemos realizado una reconstrucción tanto de la matrícula (inscripción), como de los grados. Durante la época virreinal, matricularse implicaba pagar los derechos correspondientes, pero este dato no aparece en el documento, no se registra ningún monto y, a juzgar por el tipo de fundación, los estudios eran gratuitos. Para 1626 aparecen cincuenta estudiantes de teología y tres más en artes, no todos eran frailes, ni todos los que sí lo eran, eran dominicos. En total, en esa lista fueron registrados trece frailes: ocho dominicos, un mercedario y cuatro más de quienes no se especifica la Orden a la que pertenecían. De los otros cuarenta matriculados restantes, se registró a 22 de ellos como clérigos —en distintos niveles—, solo quince están consignados como estudiantes y de los otros tres no se tiene ningún dato más que el nombre y la cátedra en la que se matricularon. A partir de estos datos, podemos afirmar que la mayor parte de los matriculados ya contaban con estudios en artes —filosofía— y, por tanto, podían estudiar teología. Parece pertinente señalar que, a pesar de que se había establecido la cátedra de cánones, en los documentos no se menciona a ningún estudiante en esta facultad.

La matrícula muestra que entre los estudiantes se encontraban personajes que tenían ya una carrera académica y administrativa consolidada. Es el caso del mercedario García de Loayza, maestro de estudiantes en su convento y catedrático de escritura en el Colegio de Santo Tomás de Aquino, o del dominico Jacinto de Cabañas, quien era lector de artes. También encontramos a varios colegiales del Seminario Tridentino de Nuestra Señora de la Asunción, fundado a finales del siglo XVI. El listado confirma que la educación impartida en el colegio tomasino estaba destinada fundamentalmente para formar al clero. Una vez que los estudiantes aprobaban los cursos necesarios, obtenían la certificación, es decir, el grado. En el documento del AGI antes referido, hay un registro que contiene los datos de los graduados. En principio se trató de los colegiales del convento, pero ya hemos señalado la simbiosis entre este y el Santo Tomás, por lo que los grados corresponden a ambas instituciones. En total, 22 individuos recibieron grados, seis de los

cuales eran frailes —un mercedario y cinco dominicos— y el resto eran clérigos seculares. Del total de graduados, quince se hicieron bachilleres en artes y en teología, pero encontramos a seis estudiantes que obtuvieron grados de licenciado y doctor o maestro, los grados máximos que podían lograrse. Finalmente, uno de los registros solo menciona el nombre del graduado, pero no los grados obtenidos.

De esta manera, vemos que del total de la matrícula los graduados no llegaron a constituir ni la mitad de los que ingresaron y fueron registrados en 1626. Ahora bien, si analizamos con más atención la concesión de grados, nos encontramos con que apenas un reducido número de colegiales logró obtener los grados mayores. Para obtener esta certificación ya no era necesario cursar, sino realizar una serie de actos públicos. Desconocemos si los graduados mayores tuvieron que pagar derechos por hacerse licenciados y doctores o maestros —grados equivalentes—, pero lo cierto es que se trató de personajes importantes dentro del clero. Vemos aparecer al primer fraile no dominico: se trata de fray García de Loayza, mercedario, vicario provincial de su Orden y lector de una nueva cátedra introducida en Santo Tomás, la de Sagrada Escritura. Este religioso se graduó de bachiller, licenciado y maestro en artes, y de bachiller en teología. Dos más de los graduados de este selecto grupo fueron los dominicos Alonso Guirao y Francisco de Cevallos, quienes fueron bachilleres, licenciados y maestros en teología. El primero de ellos era el provincial de su Orden y regente de los estudios del convento, mientras que el segundo era el lector que había sustituido al primero en la cátedra de vísperas de teología en Santo Tomás. Aunque la silla se le concedió a Guirao de manera perpetua, se desconoce la razón por la que dejó de servirla. Los tres graduados restantes fueron licenciados y doctores teólogos. Se trató de miembros del clero secular, entre los que se encontraba el deán Juan Felipe Ruiz del Corral, quien, como se recordará, leía prima de teología en el Santo Tomás, Alonso Ybáñez de Escobar, el canónigo más antiguo de la catedral y Alonso Díaz del Castillo, lector de artes y teología, además de rector del Seminario Tridentino. Este clérigo había sido nombrado catedrático de artes en el Santo Tomás por cuatro años, que para 1626 ya habían concluido.

La primera vez que se concedieron grados en los colegios del convento y de Santo Tomás, se hizo en favor de personas con una formación previa tanto en artes como en teología. Los estudiantes no fueron los jóvenes para quienes tanto se solicitaba una universidad, sino los propios ministros de la Iglesia. Esto puede haberse dado debido a la necesidad de contar con una certificación de estudios, y sabemos que también fue utilizado como prueba de la demanda de cátedras y grados en la capital guatemalteca para, de esta manera, dar mayor peso a las solicitudes posteriores por parte de los patronos del Colegio de Santo Tomás.

La supresión de las cátedras y el futuro azaroso del colegio

El procurador de la Orden de Predicadores, Jacinto Quartero, envió en 1627 una solicitud al Consejo de Indias para que el rey elevara el Colegio de Santo Tomás a universidad. Los ministros fallaron en contra de la joven institución. El fraile, que incluso se había arriesgado, traspasando la heredad de un vecino de la ciudad —Baltasar de Oreña— hacia la causa universitaria, no consiguió su objetivo. Lejos de ello, el Consejo no solo rechazó la solicitud presentada por Quartero, sino que suprimió la lectura de las cátedras que hasta entonces se habían leído en Santo Tomás. Al parecer, como señala Mata Gavidia, “la voluntad de los muertos era más poderosa y elocuente que la solicitud de los vivos” (Mata, 1976, p. 80). Según el acuerdo del Consejo, se ordenó ejecutar lo estipulado en el testamento de Francisco Marroquín. La Corona asumió que el obispo en ningún momento aspiró a que el colegio fundado por él se elevara a universidad. De esta forma, el Consejo contuvo la intención de crear un estudio general bajo la administración del clero regular. Por otra parte, puede apuntarse que la política monárquica estaba encaminada a formar nuevos centros educativos donde pudieran enseñarse todas las demás ciencias de la época, como la medicina y las leyes, disciplinas que no eran las preferidas de los frailes. Una universidad real no tendría que depender

de una orden religiosa, y el hecho de que un fraile fuese el rector de un colegio-universidad impedía a la Corona poder aplicar sobre él el derecho común, ya que este dependería de una jurisdicción particular (González, 2010, pp. 90-91).

Esta nueva etapa en la historia del colegio habría de marcar el inicio del despunte de los estudios y grados ofrecidos por los jesuitas, quienes continuaron leyendo cátedras de artes y teología, y graduando a distinguidos personajes. Santo Tomás permaneció cerrado durante varios años, hasta que apareció una nueva heredad que daría esperanzas al colegio, no solo para reabrir sus puertas, sino para hacerlo con grandeza, nuevamente aspirando a convertirse en universidad. En los años cuarenta del siglo XVII, el correo mayor Pedro Crespo Suárez decidió dejar parte de su patrimonio a la obra del colegio tomasino. Sin embargo, los problemas e intrigas entre los albaceas del donante pusieron en riesgo este nuevo caudal. Si bien Crespo Suárez heredó el dinero para crear cátedras, proponía utilizar tanto el edificio como las rentas del obispo Marroquín para el funcionamiento del colegio, un colegio que ampliaría los estudios, incorporando leyes y medicina. Este fue un proyecto fallido que la Corona detuvo por las intenciones del nuevo fundador de las cátedras, quien pretendía alejar aún más del rey el control de la institución.¹⁷

No obstante, en 1669 el colegio logró que se le concediera licencia para reabrir sus puertas. En aquel año, el licenciado Jerónimo de Barahona y Loayza era rector de Santo Tomás, las obras del edificio se habían concluido, y en él vivían ya seis colegiales. Los patronos del colegio solicitaron a la Corona elevar el colegio a mayor, como los de Salamanca o Alcalá de Henares. Por desgracia, no contamos con información detallada acerca de sus cátedras y de sus estudiantes en esta segunda etapa, pero sabemos que su reapertura avivó la

17 Sobre este proceso, he llevado a término un libro que se centra en el estudio de los distintos proyectos de universidad que se plantearon en Guatemala. La obra, que está en proceso de dictamen, será publicada por la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México —UNAM— y lleva por título *De nobles y de nobleza. Los proyectos y la Real Universidad de San Carlos de Guatemala (1620-1687)*.

herida entre jesuitas y dominicos. Los primeros volvieron a la carga y lucharon por la supremacía respecto de la concesión de grados. No obstante, este capítulo se habría de extinguir con la fundación de la Real Universidad de San Carlos, en 1676.

Cierre

Una de las tantas obras pías del primer obispo de Guatemala ha sido recordada una y otra vez, casi desde que el prelado dejó su testamento como parte del inicio de la cultura letrada en aquel reino. La cercanía de Marroquín con la Orden de Predicadores a través de los cargos que sirvió de joven, influyó en su decisión de encargar la importante obra de erigir un colegio a los dominicos y, como miembro del clero secular, también al deán de la catedral. Este esfuerzo particular se conjugó con el impulso que las órdenes religiosas dieron a la creación de instituciones educativas durante el siglo XVII para dar lugar a una obra de mayor alcance al de un colegio: una universidad.

Esa iniciativa de las órdenes a crear estudios no fue privativa de los dominicos: los jesuitas fueron un duro rival con el que los frailes de Santo Domingo tuvieron que luchar durante décadas para lograr su objetivo. Tampoco Guatemala fue el único escenario geográfico de estas disputas, pues el proceso se repitió una y otra vez en distintos centros urbanos, sedes de Audiencia y obispados. A pesar de las dificultades de orden económico, político y administrativo, los patronos lograron abrir las puertas del colegio, que pronto se fundió con el del convento dominico.

Esta simbiosis fue provocada y tolerada por los patronos de Santo Tomás, con el objetivo de elevar el colegio a universidad pública. Por ello consideramos que la obra del colegio quedó inconclusa. Nunca logró tener autonomía respecto del convento dominico, ni llegó a ser la universidad que sus patronos pretendían instaurar. En el siglo XVII, la Corona tenía una política de mayor control sobre las instituciones fundadas en sus territorios, propia de un Estado moderno que buscaba centralizar el poder. Nada más ilustrativo de esa concentración que los cargos que recaían en una sola persona, como lo fue el caso del presidente de la Audiencia, capitán general y gobernador de Guatemala.

Las autoridades reales locales tuvieron una mayor injerencia en los asuntos de importancia, como la creación de instituciones de educación. Así, conforme avanzaba el siglo xvii, la presencia de las autoridades tanto civiles como eclesiásticas iba cobrando mayor fuerza en la capitanía. Buena muestra de ello es el proceso de fundación y desarrollo del Colegio de Santo Tomás, e incluso el de la Real Universidad de San Carlos de Guatemala. La reconstrucción histórica, basada en documentos originales, del desarrollo de esta institución no solo nos permite conocer qué se enseñó en ella, quiénes fueron sus catedráticos, quiénes sus estudiantes y cómo era su edificio, sino que también representa la oportunidad de identificar y analizar los grupos y actores sociales en Guatemala. Por ahora este capítulo llega a su fin, no así nuestra intención de continuar avanzando en la investigación sobre el Colegio de Santo Tomás y el convento de la Orden de Predicadores, que en ocasiones se confunden, o mejor dicho, se hacían confundir para obtener beneficios reales y prestigio académico.

Referencias

Fuentes documentales

Archivo General de Centro América

AGCA. (A1, Leg. 1968. Exp. 12355).

AGCA. (A1, Leg. 1968. Exp. 13356).

AGCA. (A1, Leg. 1885. Exp. 12240).

AGCA. (A1A, Leg. 1885. Exp. 12241).

AGCA. (A1, Legs. 1885, 1967-1968).

Marroquín, F. (s. f.). *Testamento del obispo Marroquín*. (A1, Leg. 1967. Exp. 13353, ff. 3-98 y 353-466). *Probanza sobre la fundación del colegio*. (1621). *Probanza sobre la fundación del colegio. Traslado de 1621*. (A1, Leg. 1968. Exp. 12354).

Archivo General de Indias

Audiencia de Guatemala. (s. f.). Audiencia de Guatemala, 135, ff. 477-478v.

Fuentes secundarias

- Álvarez, A. (2007). *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala: fundación y primera organización. 1676-1687*. (Tesis inédita de maestría). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Álvarez, A. (2008). *La Real Universidad de San Carlos de Guatemala. 1676-1790*. (Tesis inédita de doctorado). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Álvarez, A. (2009). La Real Universidad de San Carlos de Guatemala. Siglos XVII y XVIII. Estado de la cuestión: historiografía y documentos. En: L. Rodríguez-San Pedro y J. Polo. (eds.). *Universidades hispánicas: colegios y conventos universitarios en la Edad Moderna (I). Miscelánea Alfonso IX* (pp. 359-383). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Álvarez, A. (2012). *De nobles y de nobleza. Los proyectos y la Real Universidad de San Carlos de Guatemala (1620-1687)*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- González, E. (2010). Por una historia de las universidades hispánicas en el nuevo mundo (siglos XVI-XVIII). *Revista Iberoamericana de Educación Superior (RIES)*, 1(1), 77-101. Recuperado de: <http://ries.universia.net>
- Hernández, R. (2005). Marroquín, Francisco. Recuperado de: <http://www.afehc-historia-centroamericana.org>
- Lanning, J. (1977). *La universidad en el Reino de Guatemala*. Ciudad de Guatemala: Editorial Universitaria.
- Mata, J. (1976). *Fundación de la Universidad en Guatemala*. Ciudad de Guatemala: Editorial Universitaria.
- Pérez, L. (2000). *Universidad de doctores. México. Siglo XVII*. Ciudad de México: Centro de Estudios sobre la Universidad-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez, J. (1976). *La universidad de Guatemala. Su origen, fundación, organización*. Ciudad de Guatemala: Editorial Universitaria.
- Sáenz, C. (1963). Vida y escritos de don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala (1499-1563). *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, 36(1-4), 85-142.
- Vázquez, F. (1944). *Crónica de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*. Ciudad de Guatemala: Tipografía Nacional.